

*“EL PUERTO: AYER, HOY y MAÑANA”*

Mi aitona es uno de esos ancianos agradables y llenos de vida que entretienen a sus nietos con mil y una historia de su juventud. Él y todos los aitonas de Euskalherria son el verdadero libro de recuerdos de lo que nuestra tierra fue en el pasado.

Mi aitona nació en Pasaia, en un Pasajes que no puede hoy ni reconocer en viejas fotografías. Creció en un pequeño pueblo pesquero, donde el puerto, que apenas había cambiado en 400 años, era un pintoresco enclave natural de aguas cristalinas y olor a mar. No puedo imaginar viendo lo que hoy queda de todo aquello, que grupos de chiquillos se zambullesen en las aguas del puerto, que se divisasen delfines surcando las olas,... Es difícil creer que los ojos de mi aitona vieron todo eso cuando era niño, y que ahora se avergüencen de dirigir su mirada a la superficie del agua, ya que solamente observan peces muertos, basura, aceites,...

¿Qué maligno demonio trajo consigo toda esta destrucción en tan sólo 20 años?

Y es que el pensar, cada vez que paseamos por el Puerto que ahora está revestido de hormigón y “adornado” de desperdicios, hace que nuestra conciencia se encoja arrepentida.

He oído a mi aitona decir con pena que a veces preferiría haber muerto sin ser testigo de la muerte progresiva de todo lo que estuvo vivo bajo esta superficie opaca del agua.

El otro día soñé, que era una dulce ancianita de la edad de mi aitona. El Puerto no era nada, sólo un punto de contaminación en un mundo de tristeza donde para ver árboles, había que ir al museo. El agua del Puerto estaba negra y se veían montones de basura flotando, junto con restos de barcos mercantes. No había casas, sólo ruinas cubiertas por el polvo de las fábricas y la gente no se interesaba por el mundo, actuaban como las máquinas que ellos mismos habían creado. Entonces pensé:

“¡Quién pudiera retroceder años atrás y evitar el fin seguro de nuestros descuidos!”

Por eso cuando desperté me di cuenta de que lamentarse no sirve de mucho. No podremos recuperar el paraíso perdido pero podemos frenar el avance inevitable de la contaminación en una bahía que todavía nos pertenece y que convertirá a Pasaia en poco

tiempo en uno de tantos pueblos muertos y abandonados. Y sin embargo, a pesar de nuestro grito de socorro, la situación empeora.

Debemos cambiar la situación, no por nosotros, ni por nuestros antepasados y abuelos, sino por nuestros hijos, porque deseamos para ellos un mundo mejor que el que nos tocó vivir a nosotros.